

# La práctica de la utopía en la escritura de Hernán Cortés

---

JOSÉ LUIS DE LA FUENTE  
*Universidad de Valladolid*

## 1. INTRODUCCIÓN: DEL PARAÍSO A LA CONQUISTA

Las *Cartas de relación* (1519–1526) de Hernán Cortés (1485–1547)<sup>1</sup> suponen, ante todo, el intento de fundar un mundo nuevo que ratifique la conquista. Es, por lo tanto, y, desde la llegada a Veracruz, una fundación llevada a cabo a través de la escritura, que da cuenta de lo visto y vivido y que lo modifica para albergar ese espacio en los parámetros de la cultura europea, que se integra en la Modernidad precisamente por su autoafirmación de constituirse en el centro del mundo entorno al cual existe una periferia<sup>2</sup> a la que conquistar y evangelizar, al tiempo que ésta, que la Nueva España, supone la constatación auténtica de los inicios de la Modernidad por la inclusión de ese vasto, rico y cultivado territorio en la ecúmene europocéntrica intelectualmente admitida.

### 1.1. LA NOSTALGIA DEL PARAÍSO

Enrique Pupo-Walker ha dicho que lo que se produjo es que «fueron rescatados de la penumbra medieval viejos mitos y leyendas que con los años

<sup>1</sup> Faltan, sin embargo, aún bastantes documentos desconocidos que podrían dar una imagen más cabal de la personalidad y actuaciones de Hernán Cortés, como apuntaba Guillermo Feliú Cruz en su prólogo al libro de José Toribio Medina, *Ensayo bio-bibliográfico sobre Hernán Cortés*, Santiago de Chile, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1952, pág. xv.

<sup>2</sup> Walter D. Mignolo, «La razón postcolonial: herencias coloniales y teorías postcoloniales», *Revista Chilena de Literatura*, 47, 1995, pág. 104. Artículo reproducido en Alfonso de Toro, ed., *Postmodernidad y Postcolonialidad: breves reflexiones sobre Latinoamérica*, Frankfurt, Vervuert, 1997, pp. 51-70.

recubrirían, de un extremo al otro, el mundo americano. De ese modo, muchas noticias se transmutaban en creaciones imaginarias bajo el influjo de leyendas antiquísimas<sup>3</sup>. Así ocurre, pero, además, es que, por otra parte, desde Colón se produce lo que Mircea Eliade llamó «la nostalgia del Paraíso»<sup>4</sup>, de manera que el descubridor encuentra que existe el lugar primigenio del encuentro con los dioses y que está poblado por buenos salvajes. Fernando Aínsa ha apuntado que «el espacio americano ha sido identificado con una suerte de continente que encierra, en algún punto, la encarnación terrestre de aquel Paraíso de los orígenes»<sup>5</sup>. Claude Kappler, además, al tratar del texto colombino, arguye que «al favorecer la ruptura con los tiempos históricos, el mito tiene la misión de restablecer esa comunicabilidad. Encontrar el Paraíso es, pues, volver a los orígenes y recuperar el estado primigenio de perfección»<sup>6</sup>: ese es el Paraíso que se pierde y se busca en *Pedro Páramo*, *Los pasos perdidos*, *Cien años de soledad* o *Un mundo para Julius*, amén de otros que cita Aínsa<sup>7</sup>. En cambio, ya en el cuarto viaje, Colón —enfermo y desprestigiado— compara cuanto ve a través del modelo del *Apocalipsis* de San Juan<sup>8</sup> y habla de fin del mundo, de mares de sangre y de cielo ardiente como horno<sup>9</sup>, o se compara con Moisés, David o Abraham en la protección recibida de Dios<sup>10</sup>. Esa visión apocalíptica parece estar en conformidad con lo que afirma Kappler sobre lo iniciático de los viajes colombinos:

... al buscar el Paraíso Terrenal y al emprender una empresa bendecida y querida por Dios, Colón anuncia la llegada de los Últimos Días, los Tiempos en que podrá regenerarse el Mundo y reproducirse como en sus orígenes. Se sitúa así en la más importante tradición mítica, y no puede vivir sus descubrimientos y su Destino sino como una etapa del viaje de retorno a los orígenes<sup>11</sup>.

La búsqueda de ciertos mitos se reflejará en las crónicas de la conquista y en las cartas relatorias y se prolongará, por tanto, hasta la narrativa contemporánea, a la Nueva Novela y las recientes metaficciones historiográficas hispano-

<sup>3</sup> *La vocación literaria del pensamiento histórico en América. Desarrollo de la prosa de ficción: siglos XVI, XVII, XVIII, XIX*, Madrid, Gredos, 1982, pág. 33.

<sup>4</sup> Mircea Eliade, *Mitos, sueños y misterios*, Madrid, Grupo Libro, 1991, pp. 23, 25 y 100-101.

<sup>5</sup> «La demarcación del espacio en la ficción novelesca (el ejemplo de la narrativa latinoamericana)», en S. Sanz Villanueva y C. J. Barbachano, eds., *Teoría de la novela*, Madrid, S. G. E. L., 1976, pág. 337.

<sup>6</sup> Claude Kappler, *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, Madrid, Akal, 1986, pág. 107.

<sup>7</sup> Fernando Aínsa, *Los buscadores de la utopía: La significación literaria del espacio latinoamericano*, Caracas, Monte Ávila, 1977, pp. 121-134.

<sup>8</sup> Alain Milhou, «Notes sur le Messianisme de Christophe Colomb», *Cahiers du C. R. I. A. R.*, 1, 1981, pp. 199-200.

<sup>9</sup> Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes. Testamento*, ed. de Consuelo Varela, Madrid, Alianza, 2.<sup>a</sup> ed., 1984, pp. 280-284.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pág. 287.

<sup>11</sup> *Op. cit.*, pág. 125.

americanas, pero también a otras literaturas extranjeras anteriores, como demuestran las obras de More, Campanella, Bacon, Swift, Defoe, Rousseau, etc. América, por tanto, es el lugar de la Utopía<sup>12</sup> que desea Europa<sup>13</sup> —ahí están las relaciones de Alfonso Reyes sobre la Última Tule<sup>14</sup> y el sueño humanista resucitado de la antigua novela política y utópica<sup>15</sup>—, cuya ilusión y diseño no estará ausente de la obra conquistadora, civilizadora, evangelizadora y literaria de Cortés<sup>16</sup>, cuyo pragmatismo olvida la búsqueda del Paraíso bíblico pero cuya formación intelectual le lleva al planteamiento de un espacio escrito en el que abundan los referentes culturales de otros sueños europeos.

## 1.2. LA FORMACIÓN DE CORTÉS

Habitualmente se suelen mencionar las lecturas de Hernán Cortés en la determinación de lo que constituirán sus *Cartas de relación*. Bartolomé de las Casas<sup>17</sup> y Bernal Díaz del Castillo<sup>18</sup> afirmaron que era latino y bachiller en leyes por Salamanca, aunque Francisco Cervantes de Salazar<sup>19</sup> y Francisco

<sup>12</sup> Para el concepto de utopía, consúltese la extensa bibliografía de Hinrich Hudde y Peter Kuon, eds., *De l'Utopie à l'Uchronie. Forms, Significations, Fonctions*, Tübingen, Gunter Narr, 1988, pp. 157-171, o trabajos como los reunidos por Giusseppe Saccaro del Buffa y Arthur O. Lewis, eds., *Utopia e Modernità: teorie e prassi utopiche nell'età moderna e postmoderna*, Roma, Bulzoni, 1989. Véanse también las extraordinarias coincidencias con los elementos que Pierre-François Moreau ofrece del relato utópico, como la crítica del lugar, la exposición de las diferencias entre los recién llegados y los habitantes del lugar y, sobre todo, en el hecho de tan sólo poner de relieve al personaje fundador, con lo que coincide muy especialmente Cortés, quien reelabora esos datos a su conveniencia, como ha dejado demostrado Victor Frankl. En «La recit utopique et le recit de science-fiction», en Giusseppe Saccaro del Buffa y Arthur O. Lewis, eds., *Utopia per gli anni Ottanta. Studi interdisciplinari sui temi, la storia, i progetti*, Roma, Gangemi, 1986, pág. 444.

<sup>13</sup> Según Carlos Fuentes, tras nombrarla y encontrarla, el europeo la destruye. En *Valiente Mundo Nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, Madrid, Mondadori, 1990, pág. 58.

<sup>14</sup> *Última Tule y otros ensayos*, Caracas, Ayacucho, 1992, pp. 191-226; ed. de Rafael Gutiérrez Girardot; cron. de Anja María Erdit y Rafael Girardot; bibl. de James Willis Robb y Rafael Gutiérrez Girardot.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pp. 223-224.

<sup>16</sup> El humanismo comienza a llegar a España desde finales del siglo XIV. Véase Alejandro Coroleu, «Humanismo en España», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pág. 295. Sin embargo, aun existe una alternancia de los modelos medievales con los humanísticos. *Ibidem*, pág. 296.

<sup>17</sup> *Historia de las Indias*, I, ed. de Agustín Millares Carlos, pról. de Lewis Hanke, México, F. C. E., 1986, pág. 528.

<sup>18</sup> *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de Carmelo Sáenz de Santa María, intr. y nots. de Luis Sáinz de Medrano, Barcelona, Planeta, 1992, pág. 863.

<sup>19</sup> *Crónica de la Nueva España*, Madrid, The Hispanic Society of America, 1914, lib. II, cap. XV, pág. 96.

López de Gómara<sup>20</sup>, que le conocieron mejor, opinen lo contrario<sup>21</sup>. Demetrio Ramos ha dudado —tampoco lo aseguraba Salvador de Madariaga<sup>22</sup>, y últimamente José Luis Olaizola, quien lo atribuye a una leyenda<sup>23</sup>, aunque sí William H. Prescott<sup>24</sup>— de que en tan sólo dos años Cortés obtuviera el grado de bachiller en leyes y de que estudiara gramática, dado que aún no estaba dispuesta en Salamanca la escuela pertinente, para lo que se basa en el Duque de Maura. Añade que, por su habilidad en el manejo del latín —desde el Trecento existía la moda de la lectura de los clásicos<sup>25</sup>—, lo más posible es que estudiara en Valladolid<sup>26</sup>. Efectivamente, su familiar Juan Suárez de Peralta no menciona la estancia de Cortés en Salamanca y, en cambio, afir-

<sup>20</sup> *La conquista de México*, ed. de José Luis de Rojas, Madrid, Historia 16, 1986, pág. 36.

<sup>21</sup> Manuel Alcalá establece los paralelismos entre el capitán extremeño y el general romano, en *César y Cortés*, México, Jus, 1950. Tampoco Antonio de Solís considera que Cortés estuviera muy interesado en las letras. En *Historia de la conquista de Méjico*, Madrid, Espasa-Calpe, 4ª ed., 1970, pág. 36.

<sup>22</sup> *Hernán Cortés*, Barcelona, Planeta, 1995, pág. 36.

<sup>23</sup> Apunta Olaizola: «Sus capitanes y soldados escucharon a Cortés asombrados de una sabiduría que ni tan renombrado teólogo como el padre Olmedo sabía rebatir; de ahí nació la leyenda de que era licenciado en leyes por Salamanca, aunque apenas gastó en ella dos años, y parte de ellos los dedicó a menesteres bien diversos de los de las letras. Pero se daba tal arte en el decir que, como se empeñara, se salía con la suya». En *Hernán Cortés, crónica de un imposible*, Barcelona, Planeta, 1990, pág.115. Kristian Jensen recuerda que «el latín era la lengua de la gente instruida y, si no de los mismos gobernantes, cuando menos de las clases dirigentes. No conocerlo representaba dar prueba de no pertenecer a esos grupos sociales», en «La reforma humanística de la lengua latina y de su enseñanza», en Jill Krave, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 93. La renovación pedagógica del humanismo suponía la adquisición de un perfecto dominio del latín. *Ibidem*, pág. 96.

<sup>24</sup> *Historia de la conquista de México*, Madrid, Istmo, 1987; ed. de José M. Gómez-Tabanera, pp. 935 y 937.

<sup>25</sup> Ángel Gómez Moreno, *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994, pág. 88. Eugenio Garin apunta que en el Renacimiento se mira a los clásicos de una forma diferente puesto que despierta la conciencia del hombre para sí mismo. En *Medioevo y Renacimiento*, Madrid, Taurus, 1ª reimpr., 1983, pág. 79.

<sup>26</sup> «Cortés en Salamanca», en *Actas del primer congreso internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1986, pp. 411-412. Cita del Duque de Maura, «Hernán Cortés sin pedestal», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 123, 1948, donde sostiene que el de Medellín trabajó durante un año en una escribanía de Valladolid. También Hugh Thomas trata de la importancia de esa estancia en Valladolid, en *La conquista de México*, Barcelona, Planeta, 1994, pp. 160-161. José Luis Olaizola ha escrito que «... en cuanto a las pocas leyes que aprendió, se las ingeniaba para manejarlas con provecho». En *Hernán Cortés, crónica de un imposible*, cit., pág. 9. En otro lugar: «Sus capitanes y soldados escucharon a Cortés asombrados de una sabiduría que ni tan renombrado teólogo como el padre Olmedo sabía rebatir; de ahí nació la leyenda de que era licenciado en leyes por Salamanca, aunque apenas gastó en ella dos años, y parte de ellos los dedicó a menesteres bien diversos de los de las letras». *Ibidem*, pág. 115. Sea como fuere, lo cierto es que la lengua latina era considerada, por entonces y desde las *Introducciones* (1488) de Nebrija, «como el fundamento de toda cultura», apunta Alejandro Coroleu, cit., pág. 299. Sin embargo, como apunta el mismo Coroleu, «aquellos [escritores] que se inclinaron por el castellano se habían formado en la imitación de los autores clásicos latinos». *Ibidem*, pág. 321.

ma que desde su Medellín natal llegó hasta Valladolid, donde «asentó con un escribano, dondestuvo más de un año, y aprendió a escrebir y tomó notas y estilo describano, lo qual sabía muy bien fazer»<sup>27</sup>. De cualquier forma, lo cierto es que en sus actuaciones y en sus cartas acredita un conocimiento de las letras latinas y de las leyes que determinarán el proceso conquistador y su reflejo escrito<sup>28</sup> —tan de la mentalidad humanística<sup>29</sup>— y, lo que puede parecer más interesante, demuestra un humanismo cristiano de época —que será ampliamente defendido por Erasmo de Rotterdam<sup>30</sup>—, que utilizará en Cuba y México aunque también, ciertamente, llegue a apartarse de él en ciertos aspectos:

Erasmo cree en el papel propedéutico de las bellas letras, cuyo estudio debe ser orientado hacia la síntesis de la cultura clásica y de la religión cristiana. No hay ningún foso entre la Antigüedad y el cristianismo sino, al contrario, continuidad histórica y acabamiento cultural. La religión de Cristo realiza en su plenitud las tendencias más elevadas de los antiguos. De ahí procede, en el humanismo cristiano, el espíritu de optimismo, de mesura y de adaptación, la voluntad de ser hombre en perfección<sup>31</sup>.

Lo más asombroso de todo ello es el cúmulo de conocimientos y lecturas que fue adquiriendo a la luz de las antiguas y nuevas conciencias y experiencias, como demuestran los datos pormenorizados que acumula y glosa Victor Frankl, desde San Agustín<sup>32</sup> y Santo Tomás de Aquino a Alfonso El Sabio, Duns Scoto y Guillermo de Occam, entre otros<sup>33</sup>. Aun siendo así, no puede dejarse de advertir la presencia erasmiana en el espíritu español de la época. Como apunta Alejandro Coroleu sobre Erasmo:

... sus postulados habrían de dictar buena parte de la literatura escrita por los humanistas. Significativamente, incluso aquellos a los que jamás denomina-

<sup>27</sup> En Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, México, Porrúa, 2ª ed., 1976, pág. 12.

<sup>28</sup> José Luis Martínez se detiene en este aspecto, en *Hernán Cortés*, México, UNAM, 1990, pág. 851-852.

<sup>29</sup> Efectivamente, Charles Hope y Elizabeth McGrath explican «la convicción de que sólo la palabra escrita valía para expresar adecuadamente una idea». En su estudio «Artistas y humanistas», Jill Kraye, ed., cit., pág. 242.

<sup>30</sup> Posteriormente, apunta Alejandro Coroleu, «con Alfonso de Valdés, secretario latino de Carlos V, el erasmismo pasó a ponerse ya plenamente al servicio de la política imperial. Loc. cit., pág. 316. Véase a M. Bataillon, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, I, México, F. C. E., 2ª ed., 1966, pp. 364-431.

<sup>31</sup> León-E. Halkin, *Erasmo*, México, F. C. E., 1971, pág. 164.

<sup>32</sup> Alastair Hamilton señala —y se verá en Cortés— que «Agustín representaba un maestro del análisis personal, el guía a seguir en un itinerario que llevaba de las ansias mundanas y los textos clásicos hasta un estadio de iluminación espiritual y reposo en Dios». En su «Los humanistas y la Biblia», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 138.

<sup>33</sup> «Imperio particular e imperio universal en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 165, octubre, 1963, pp. 472-481.

ríamos humanistas, y quienes mayor hostilidad iban a profesar al programa de Erasmo, no pudieron dejar de evocar implícitamente tampoco las ideas literarias de Vives<sup>34</sup>.

### 1.3. LAS IDEAS DE CORTÉS: ENTRE EL MEDIEVO Y EL RENACIMIENTO

#### 1.3.1. Medievalismo y renacentismo en la conquista de América

Antonio Tovar defendió tiempo atrás la medievalización de la conquista española en América por razón de su observación de la extraordinaria unión entre Estado e Iglesia<sup>35</sup>. Sin embargo, los mismos móviles mercantilistas y sus circunstancias parecen afirmar lo contrario<sup>36</sup>, aunque, como opina Anthony Grafton, «en ningún campo como en el de la historia resulta más patente ese cruce entre tradición y novedad»<sup>37</sup>. Y explica:

... el historiador debía ocuparse ante todo de los hechos políticos de relieve, y extraer de ahí, con especial dedicación, ejemplos de buena y mala conducta, de aptitud o ineficacia, de suerte que el receptor de la obra encontrara modelos de actuación. La senda de las normas —repetían sin cesar los humanistas— era larga y tortuosa; las de los ejemplos, corta y directa<sup>38</sup>.

Verdad es que la legislación y las directrices trazadas por la Iglesia y la Corona desde España responden a unos impulsos que, hasta los tiempos de Carlos III, puede decirse que aún se sitúan en la órbita medieval que estimuló la reconquista peninsular. Sin embargo, la obstinación de Colón en la defensa de su ruta atlántica, las búsquedas geográficas que desde el Almirante llegan hasta Magallanes, las prácticas utópicas que franciscanos y jesuitas llevan a cabo —respectivamente— en México y Paraguay, el mismo interés que desde pronto muestran Fray Bernardino de Sahagún y Fray Toribio de Benavente en las culturas indígenas y que continúa hasta las expediciones científicas del siglo XVIII, descubren, todos ellos, un rostro muy diferente de lo acontecido en suelo americano<sup>39</sup>. Carlos Fuentes lo ha explicado de la siguiente forma: «Europa encuentra en América un

<sup>34</sup> Loc. cit., pág. 319.

<sup>35</sup> *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1970, pp. 14-15.

<sup>36</sup> Carlos Fuentes cita a José Antonio Maravall, quien «describe el Descubrimiento de América como una gran hazaña de la *imaginación* renacentista». En *Valiente Mundo Nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, cit., pág. 55.

<sup>37</sup> En «La ciencia moderna y la tradición del humanismo», en Jill Kraye, cit., pág. 261.

<sup>38</sup> *Ibidem*.

<sup>39</sup> Similar opinión sustenta Octavio Paz, quien afirma que «el Descubrimiento y la Conquista de América son una empresa renacentista». Los hombres que la llevaron a efecto «son aventureros, esto es, gente que se interna en los espacios abiertos y se arriesga en lo desconocido, rasgo también renacentista». En *El laberinto de la soledad*, ed. de Enrico Mario Santí, Madrid, Cátedra, 1993, pág. 238.

espacio que da cabida al exceso de energías del Renacimiento»<sup>40</sup>. Y en otro lugar: que, en tiempos del Descubrimiento, «España se encontraba tan preparada como cualquier otra cultura europea para unirse al impulso del Renacimiento»<sup>41</sup>. Además, añade, que ya a Colón «le movían el coraje, el valor renacentista de la fama, el placer del descubrimiento, el afán de oro y el deber de evangelizar»<sup>42</sup>. Por lo que se refiere al caso particular de Cortés, Salvador de Madariaga también lo ha considerado: «¿Quién expresó jamás de modo más claro y con más erguida voluntad el espíritu del renacimiento humanista?»<sup>43</sup>. Fuentes lo ha explicado con otras palabras: «Perfecta mezcla maquiavélica de la voluntad y la fortuna, Hernán Cortés habría de convertirse en una de las grandes figuras del Renacimiento europeo, al embarcarse en una de las grandes epopeyas de todos los tiempos: La conquista del Imperio azteca»<sup>44</sup>. Otras son las palabras de Eugenio Garin que también definen el espíritu cortesiano en su aventura mexicana:

Los humanistas [...] insistían en la libertad del hombre que se hace a sí mismo, que construye y se construye, que no imita un modelo, sino que lo inventa; el hombre que —como Dios— es creador, poeta, siempre a riesgo de tomar una decisión capaz de hacer el conjunto de la realidad<sup>45</sup>.

### 1.3.2. La curiosidad humanista de Cortés

La misma carta del cabildo<sup>46</sup> —que suelen anteponer los editores a las cuatro conservadas de Cortés— lleva a pensar en la necesidad de despertar en los monarcas su curiosidad humanista a la vez que su interés mercantil: «Y trataremos aquí desde el principio [...] porque Vuestras Majestades sepan la tierra que es, la gente que la posee y la manera de su vevir y el rito y cerimonias, seta o ley que tienen, y el fruto que en ella Vuestras Altezas podrán hacer y della podrán rescibir»<sup>47</sup>. Su misma escritura certifica su importancia mercantil, confor-

<sup>40</sup> *Valiente Mundo Nuevo: Épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, cit., pág. 60.

<sup>41</sup> *El espejo enterrado*, cit., pág. 121.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pág. 125. No otra cosa sucedió a partir de entonces: «Frailes, escritores, cronistas, obligarían a España a darle la cara a su alternativa humanista y policultural. La singularidad cultural de España consistió en reconocer al otro: combatiéndolo, abrazándolo, mezclándose con él». *Ibidem*, pág. 128.

<sup>43</sup> *Op. cit.*, pág. 463.

<sup>44</sup> *El espejo enterrado*, cit., pág. 154.

<sup>45</sup> *Op. cit.*, pág. 27.

<sup>46</sup> La primera carta de Cortés se perdió. Mario Hernández Sánchez-Barba resume el asunto en su edición de las *Cartas de relación*, Madrid, Historia 16, 1985, pp. 49-50. Todo ello fue estudiado por Julio Caillet-Bois en «La primera carta de relación de Hernán Cortés», *Revista de Filología Hispánica*, III, 1, enero-marzo, 1941, pp. 50-54.

<sup>47</sup> Hernán Cortés, *Cartas de relación*, ed. de Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia, 1993, pág. 106. Esta será la edición que se utilice —la del Códice de Viena—, cuya cita se realizará entre paréntesis rectangulares junto al texto.

me a lo expuesto por José Antonio Maravall<sup>48</sup>, pero, además, como John H. Elliott ha afirmado, por ejemplo, pues «Cortés's letters if relation it is possible to see at work the process of observation, in Humboldt's sense of word»<sup>49</sup>. En esto también consiste la nueva ciencia histórica que surge en el renacimiento<sup>50</sup>. Por otra parte, como afirma Georges Baudot, a Cortés «le interesa casi todo el mundo que descubre, al tiempo que le fascina»<sup>51</sup>, lo que consigna Tzvetan Todorov<sup>52</sup>, según el cual tendrá su simbólica recompensa<sup>53</sup>. Cortés se demora a menudo en la descripción geográfica y en las costumbres de los pueblos por los que transita, de lo que resulta una perfecta muestra su aproximación a México:

Porque para dar cuenta, Muy Poderoso Señor, a Vuestra Real Excelencia de la grandeza, estrañas y maravillosas cosas desta grand cibdad de Temixtitlán y del señorío y servicio desde Muteeçuma, señor della, y de los ritos y costumbres que esta gente tiene y de la orden que en la gobernación así desta cibdad como de las otras que eran de este señor hay, sería menester mucho tiempo y ser muchos los relatores y muy expertos, no podré yo decir de cient partes una de las que dellas se podrían decir, mas como pudiere diré algunas cosas de las que vi que, aunque mal dichas, bien sé que serán de tanta admiración que no se podrán creer, porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprehender. Pero puede Vuestra Majestad ser cierto que si alguna falta en mi relación hobiere que será antes por corto que por largo, así en esto como en todo lo demás de que diere cuenta a Vuestra Alteza, porque me parecía justo a mi príncipe y señor decir muy claramente la verdad sin interpolar cosas que la disminuyan y acrecienten. [232].

La larga introducción es uno de los útiles de Cortés cuya funcionalidad es múltiple: acentuación en la inverosimilitud, magnificencia y maravilla del lugar, incredulidad ante lo no visto ni vivido, la *captatio benevolentiae* y otros artificios retóricos que tocan más al respeto debido al destinatario y a los objetivos

<sup>48</sup> Señala que «la escritura es el signo del tiempo» y que en la colonización y en el comercio «lo importante para la dirección y desarrollo de los negocios reside en esos gabinetes y oficinas desde los que se gobiernan aquéllos, empleando a tal fin tinta y papel». En *Estado moderno y mentalidad social: siglos XV a XVII*, II, Madrid, Revista de Occidente, 1972, pág. 181. También es signo del tiempo el «derecho producido, declarado y mantenido –y, por tanto, medido según las circunstancias– de una voluntad legisladora; esto es, de una voluntad soberana». *Ibidem*, pág. 418. Esto se evidencia en la carta del cabildo, donde se pone de manifiesto ese derecho general que dé solución a las nuevas situaciones de la vida económica.

<sup>49</sup> *The Old World and the New, 1492-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pág. 19.

<sup>50</sup> Véase Eugenio Garin, *op. cit.*, pp. 140-152.

<sup>51</sup> *Utopía e historia en México: los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, pág. 21.

<sup>52</sup> *La conquête de L'Amérique: la question de l'autre*, París, Seuil, 1982, pág. 115.

<sup>53</sup> *Ibidem*, pág. 110.

de la propia carta. De hecho, cuando de inmediato ha de comenzar la verdadera descripción, aún quedan muestras de ese demoramiento de la narración de Cortés, que obedece más a sus propios objetivos políticos que a otros culturales o antropológicos, aunque éstos no falten:

Antes que comience a relatar las cosas desta grand cibdad e las otras que en este otro capítulo dije, me parece para que mejor se puedan entender que débese decir la manera de Métyco, que es donde esta cibdad y algunas de las otras que he fecho relación están fundadas y donde está el señorío principal deste Muteeçuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras, y lo llano della terná en torno fasta setenta leguas. Y en el dicho llano hay dos lagunas que ... [232-233].

Las descripciones suelen ser bastante pormenorizadas aunque lo cierto es que dependen de la importancia del lugar, de ahí que contrasten las siete páginas que dedica a Tenochtitlán [232-238 y 240-248], con las apenas unas líneas que destina a pequeñas ciudades como Xicochimalco [169], Teoizhuacan [170] o Iztaquimaxtitlan [172], por ejemplo. El desajuste es natural dada la escasa relevancia de estos lugares por los que las tropas de Cortés apenas pasan de largo hacia su objetivo, que resulta ser la capital de los aztecas. De cualquier forma, lo cierto es que la detención descriptiva existe y se ofrecen una serie de datos que pueden situar al lector y solventar su curiosidad. En ocasiones, la narración se detiene por el interés geográfico, cultural, antropológico o estratégico, lo que responde obviamente a la necesidad de una manera de narrar que se centra en lo retórico, en lo político y en lo militar pero que cede su atención a otro tipo de curiosidades que le ofrece el país que están descubriendo a lomos de sus caballos. No falta alguna descripción que parece más obtenida de los tópicos literarios de la época que de la realidad ardiente que viven:

... y en la casa de una huerta del señor de allí nos aposentamos todos, la cual huerta es la mayor y más fermosa y fresca que nunca se vio, porque tiene dos leguas de circuito y por medio della va una muy gentil ribera de agua, y de trecho a trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos e infinitos árboles de diversas frutas y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de esta huerta. Y aquel día reposamos en ella, donde los naturales nos hicieron placer y servicio que pudieron. [353].

Escenas como las de los volcanes, los sacrificios, los mercados, los templos, los fuertes [569-570], los pantanos y las selvas responden a la curiosidad de un espíritu renacentista que se admira ante cuanto ve<sup>54</sup> y que busca trasladar esa

<sup>54</sup> Anthony Grafton explica que esa curiosidad era una manera de «ampliar la frontera de los dominios del hombre». En «La ciencia moderna y la tradición del humanismo», en Jill Kraye, cit., pág. 246.

admiración a su lector, quien, como hombre de su tiempo, ha de entender humanísticamente la traducción de la escritura y como monarca debe evaluar políticamente el beneficio comercial de los espacios sobre los que transitan las tropas españolas.

### 1.3.3. Cortés: un hombre entre dos épocas

José Luis Martínez era ya consciente de esa especie de doblez en Cortés, lo que puede extenderse a otros acontecimientos y personajes de la conquista:

Las ideas políticas y las nociones culturales que recibe Hernán Cortés en los años de primera juventud que pasa en España, de 1485 a 1504, son aún medievales. [...] El Cortés que descubre y conquista tierras remotas; el que describe a su rey las particularidades y costumbres de esas tierras y pueblos, cuya cultura le interesa y admira; el constructor de ciudades y el organizador de industrias y cultivos; el que buscaba gloria y fama, y aun el político razonador y realista, es un hombre de la nueva edad del mundo, un renacentista<sup>55</sup>.

Semejantes son las opiniones de Victor Frankl, quien habla de «la efectiva importancia de la herencia medieval en el Renacimiento español»<sup>56</sup> y Kahryn D. Kruger-Hickman, quien argumenta la mezcla de conocimientos medievales y renacentistas en el conquistador español<sup>57</sup>: «the Cortés of the *cartas-relaciones* embodies Renaissance philosophy, presented in a medieval justificatory framework»<sup>58</sup>. Efectivamente, es un hombre entre dos mundos o épocas —como demuestran sus relaciones<sup>59</sup> y el cariz legalista dado a su empresa<sup>60</sup>—, que osci-

<sup>55</sup> *Hernán Cortés*, cit., pág. 837. Para Beatriz Fernández Herrero, ese espíritu impregna la tearea descubridora ya de Colón. En *La utopía de América. Teoría. Leyes. Experimentos*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 92-93 y 435.

<sup>56</sup> «Imperio particular e imperio universal en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés», cit., pág. 470. Sigue, en esa idea, a José Antonio Maravall, en *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960.

<sup>57</sup> *Literary Strategies of Persuasion in the «Cartas-Relaciones» of Hernán Cortés*, Ann Arbor, University Microfilms International, 1987, pág. 44.

<sup>58</sup> *Ibidem*, pág. 34.

<sup>59</sup> Su relación con el monarca, por ejemplo, dado que cuando habla de «súbditos y vasallos» emplea el doble concepto intermedio entre el Renacimiento y la Edad Media. José Antonio Maravall explica la evolución de ambos conceptos en *En Estado moderno y mentalidad social: siglos XV a XVII*, I, Madrid, Revista de Occidente, 1972, pág. 420.

<sup>60</sup> Víctor Frankl apunta la conjunción de la orientación jurídico-política del medievo procedente de las *Siete Partidas* y la nueva individualidad personalista del renacimiento, en «Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas», *Revista de Historia de América*, 53-54, 1962, pág. 29. Para Frankl, «las *Siete Partidas* figuran como la base ideológica y punto de partida de la empresa cortesiana». *Ibidem*, pág. 33.

la entre el vasallaje medieval<sup>61</sup> [634, 638] y el maquiavelismo fernandino<sup>62</sup>, y el humanismo erasmista<sup>63</sup> movido entre las aspiraciones fabulosas y la curiosidad renacentista que dramatiza en la conquista de México<sup>64</sup> y que mezcla con un cierto utopismo: como señala Silvio Zavala, «la mentalidad renacentista anheló un mundo libre de impurezas»<sup>65</sup> y de eso se tratará la conquista de Cortés, si bien, como explica Lafaye, «las aspiraciones utópicas y la espera mesiánica han sido características permanentes de la conciencia nacional del México en vías de formación»<sup>66</sup> que Cortés conoce y aprovecha. Por otra parte, para Beatriz Pastor, ese carácter medieval y renacentista a un tiempo es un proceso más de los llevados a cabo por Cortés para la redefinición de sí mismo: «... la caracterización ficcional del personaje de Cortés aparece anclada en la convergencia de la concepción del mundo medieval con la renacentista»<sup>67</sup>. Efectivamente eso sucede así hasta las mismas entrañas del ideario humano de Cortés, ansioso siempre hasta el extremo por lograr la fama renacentista a la que aspirará en todo momento conforme al espíritu de época, a decir de James Hankins:

La condena del orgullo y la vanagloria, por ejemplo, había sido parte fundamental de la doctrina cristiana desde su origen. Los humanistas, sin embargo, observaron con razón que no era posible recuperar la virtud pública de acuerdo con las costumbres clásicas sin restablecer también los premios de la fama y la gloria, de modo que las recompensas a la virtud pasaron de la vida venidera a la presente. La lucha interna entre la humildad cristiana y el deseo de gloria mundana había angustiado a Petrarca en lo más hondo, como atestigua su *Secretum*, compuesto en la década de 1340 o 1350; al entrar el Cuatrocientos, los muchos humanistas que alentaban a príncipes, papas y ciudadanos a obtener la gloria no mostraban ya remordimiento alguno<sup>68</sup>.

<sup>61</sup> Luis Weckmann ha anotado todas las reminiscencias medievales que cree que permanecen en el espíritu de Cortés, en su libro *La herencia medieval de México*, México, El Colegio de México, 1984, 2 vols. Es la misma opinión de Francisco de la Maza, en «Los restos de Hernán Cortés», *Cuadernos Americanos*, VI, 2, marzo-abril, 1947, pp. 53-174.

<sup>62</sup> Tzvetan Todorov, *La conquête de L'Amérique: la question de l'autre*, cit., pág. 121.

<sup>63</sup> Ya lo había advertido Víctor Frankl, en «Imperio particular e imperio universal en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés», cit., pp. 465.

<sup>64</sup> Kahryn D. Kruger-Hickman, *Literary Strategies of Persuasion in the «Cartas-Relaciones» of Hernán Cortés*, cit., pág. 133. No hay que olvidar el círculo de amigos humanistas que frecuentó Cortés en España. *Ibidem*, pág. 136.

<sup>65</sup> En Guillermo Tovar de Teresa, Miguel León-Portilla y Silvio Zavala, *La utopía mexicana del siglo XVI: lo bello, lo verdadero y lo bueno*, México, Robredo, 1992, pról. de Octavio Paz, pág. 68.

<sup>66</sup> Jaques Lafaye, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*, México, F. C. E., 1984, pág. 85.

<sup>67</sup> *Discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983, pág. 188.

<sup>68</sup> En «El humanismo y los orígenes del pensamiento político moderno», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 168. Los humanistas censuraban la pobreza apostólica y sentían como encomiable el enriquecerse por el bien de la nación. *Ibidem*, pág. 169.

Las nuevas ideas le debieron llegar en Salamanca, en Valladolid y, sobre todo, en Valencia, adonde se movían con mayor rapidez las modas de la más próxima Italia<sup>69</sup>, opina Hugh Thomas:

Al igual que la mayoría de los conquistadores de su generación, Cortés veía a los indios del Caribe y del litoral caribeño como una nueva especie de moros, a los que debía convertir y someter. Mas sus experiencias en Salamanca y en Valladolid parecen haber dado un toque renacentista a sus objetivos<sup>70</sup>.

Lo cierto es que Cortés se encuentra en un momento de transición cuya acción y cuyas cartas lo delimitan, desde muy diferentes puntos de vista. Frankl lo ha visto desde la perspectiva político-legalista, desde la que advierte cómo las relaciones jurídicas, militares y políticas cambian radicalmente hasta el punto de hacer penetrar en el renacimiento una cierta visión medievalista que también domina absolutamente las cartas:

Y además, ellas [las inteligencias y voluntades] demuestran la intensa vida creadora que entraña la Edad Media castellana en pleno Renacimiento, sosteniendo, penetrando, vivificando las ideas renacentistas. La Reconquista se transforma orgánicamente en la Conquista, la Reconquista del territorio perteneciente a los Cristianos por derecho de herencia se transforma en la Conquista del territorio perteneciente a los Cristianos por derecho de la donación papal, y es Cortés en quien esta continuación de los conceptos jurídico-políticos del Medievo castellano llega a la conciencia más clara; Cortés, en quien la idea del «Reino» alfonsino se transforma orgánicamente en la idea del «Imperio» mexicano, es el máximo símbolo de la continuación de la Edad Media en la época moderna<sup>71</sup>.

## 2. EL PAPEL DEL DESTINATARIO

### 2.1. EL DESTINATARIO PRIMERO Y SU INSTRUMENTALIZACIÓN

Salvo en el caso especial de la primera, el destinatario originario de las *cartas de relación* de Cortés es el emperador Carlos y su constante referencia no permite jamás a otro lector olvidar este importante dato para entender el contenido de los documentos y el sesgo con que el capitán extremeño va revelando sus experiencias y perfilando los límites que el espacio diseña en su voluntad. Cada palabra, por tanto, está perfectamente medida para que surta su efecto en la mente y en los propósitos del monarca.

<sup>69</sup> Op. cit., pp. 160-161.

<sup>70</sup> Ibidem, pág. 162.

<sup>71</sup> «Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas», cit., pág. 74.

Uno de los objetivos fundamentales de Cortés desde la cuarta carta es el poblamiento de las tierras conquistadas para el asentamiento de la empresa y para el completo cumplimiento del proyecto cortesiano. Al monarca le da las siguientes razones:

... siendo Dios Nuestro Señor servido, tengo de ser cabsa que Vuestra Sacra Majestad sea en estas partes señor de más reinos y señoríos que los que hasta hoy en nuestra nación se tiene noticia. A Él plega encaminarlo como Él se sirva y Vuestra Cesárea Majestad consiga tanto bien, pues creo que con hacer yo esto no le quedará a Vuestra Excelsitud más que hacer para ser monarca del mundo. [500].

De otros tipos son las razones que da Cortés para la necesidad del poblamiento o, si no, deja en el secreto —como es en él habitual— la posible bonanza del espacio a poblar: «... porque yo tengo muy gran nueva de aquella tierra» [659]. Y cesa la información para encaminarse al final de la quinta carta. El silencio o la falta de perfilamiento de ciertos datos es otra de las armas estilísticas con las que combate Cortés, en contraste, por supuesto, con las pormenorizadas descripciones, el puntilloso detalle y la demorada narración de que echa mano en las ocasiones que considera más convenientes por enjundiosas y atractivas.

Cortés coloca a su monarca —«a quien el universo por providencia divina obedece y sirve» [546] y «todo el universo es sujeto» [621]— en el mismo centro del mundo —«todos los del mundo éramos sus súbditos y vasallos» [574]— y justifica —con su versión de la leyenda de Quetzalcoat— también de esta forma su propio dominio sobre los diferentes pueblos mexicanos. Sin embargo, su monarca parece ser un instrumento de doble filo que él utiliza con suma sagacidad. Por un lado es su respaldo ante las acciones que, frente a Velázquez y españoles, aztecas y otros indígenas, realiza en México —y les dije que yo venía por aquellas tierras por mandado de Vuestra Majestad» [573]—. Por otro, el extremeño no duda en utilizar en su propio servicio la figura del monarca cuando lo cree conveniente y se precisa para los logros personales que se va marcando. Por ejemplo, Cortés no duda en exigir económicamente al monarca por las mercedes hechas [513–514] e incluso en disculparse de sus gastos en razón de su servicio a la corona [626, 650]. Su vanidad llega a ese extremo porque es consciente de que ha sido él quien había ganado tantas tierras para su monarca: «Y ella le habló y le certificó dello y cómo yo había ganado a México, y le dijo todas las tierras que yo tengo sujetas y puestas debajo del imperio de Vuestra Majestad» [575]. El tono puede ser casi amenazador:

Y no lo ha querido hacer diciendo que no tiene poder para ello, de que he rescebido asaz pena, porque deseo sin comparación y no sin causa que Vuestra Majestad Sacra sea verdaderamente informado de mis servicios y culpas, porque tengo por fee y no sin mérito que por ellos me ha de mandar Vuestra Majestad Cesaria hacer muy grandes y crecidas mercedes, no habiendo respecto a lo poco que mi pequeña vasija puede contender, sino a lo mucho que Vuestra Celsitud es obligado a dar a quien tan bien y con tanta fidelidad le sirve como yo le he servido y sirvo. [647].

Mucho antes de esos momentos de pleitos y sinsabores, sin embargo, Hernán Cortés ya había mostrado su audacia desde el principio de su diseño del nuevo mundo tal vez tratando de provocar a su monarca y sorprenderle con un lugar más propio de los romances que de la realidad, pues, como apunta Delgado Gómez, el emperador Carlos «hasta la conquista de México no parece haberse interesado apenas en el Nuevo Mundo»<sup>72</sup>. Esta sería la razón de un arrojito astuto que Cortés entremezcla con un tanto de exageración y otro tanto de misterio al señalar a Moctezuma: «Y era tan temido de todos, así presentes como absentes, que nunca príncipe del mundo lo fue más» [244].

En otros momentos, Cortés no es menos hábil pero adopta un discurso que ofrece al monarca Carlos unos nuevos espacios que poseer que despierten su curiosidad, reclamen sus necesidades económicas para las guerras europeas y tal vez solivianten su competencia con Portugal por la posesión del océano Pacífico.

De esta forma, Cortés, además, sugiere al emperador la vuelta al sueño colombino: el encuentro con Asia y todo lo que contiene, desde la China a la Especiería. Su posición hacia el final de la última carta deja abierta para el rey una enorme posibilidad descubridora y económica en la que Cortés ha reparado para paliar sus propios problemas con la corte y para mantener su imagen íntegra de dador de nuevas tierras al rey. El final, en consecuencia, deja abierto ese secreto que guarda la Mar del Sur junto a ese otro que parece ser el guardador de las Amazonas [661] con que concluyen las cartas<sup>73</sup>.

## 2.2. LA AUTENTIFICACIÓN DE LAS CARTAS Y LOS PROBLEMAS DE LA ESCRITURA

Antes de nada, por supuesto, el objetivo primordial es el de hacer constar que las suyas, las de Cortés, son las verdaderas relaciones y no otras que pueden llegarle al monarca a través de la gobernación del Caribe o sus mandados. Por esa razón, desde la misma carta del cabildo —en la que se ha demostrado sobradamente la mano de Cortés— se confirma que lo que la reina Juana y el futuro Carlos V van a leer es «verdadera relación» [114], frente a las otras que hasta esos momentos han llegado a los oídos de Sus Majestades:

... por lo cual Vuestras Reales Altezas pueden creer que todas las relaciones que desta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos dellas más de lo que por sus voluntades han querido escribir. [116].

<sup>72</sup> Ed. cit., pág. 244.

<sup>73</sup> Y otros secretos muy posteriores como el descubrimiento de Quivira o las Siete Ciudades, para cuyo descubrimiento disputó Cortés con el nuevo virrey, don Antonio de Mendoza. Así lo constata Salvador de Madariaga, cit., pág. 546. Sobre Sibola, véase López de Gómara, cit., pág. 490.

Este es el primer paso de Cortés en su extraordinaria empresa: descartar otros textos —por tanto, otras verdades de las «falsas relaciones» [653]— e imponer los suyos —y, en consecuencia, sus puntos de vista, alegando, como Bernal Díaz, ser «testigo de vista» [652]—. Y esto, precisamente, porque el o los autores de esa primera carta del cabildo son los auténticos sabedores de *los secretos*, palabra clave que infesta los textos cortesianos —aun con motivos de sus acechanzas militares [560]— y que maneja el extremeño con muy diferentes objetivos. Puede advertirse el recurso en otro momento, en el que se vuelven a unir los conceptos de veracidad y de secreto: «... había de partir de aquella tierra hasta saber el secreto della para poder escribir a Vuestra Sacra Majestad verdadera relación della...» [127].

Otro recurso que despliega de vez en cuando Cortés es el de mostrar los límites de sus habilidades para la escritura. Es decir, que el capitán de Medellín manifiesta las limitaciones de su escritura y al tiempo esto le sirve para evidenciar la grandiosidad de un mundo que él apenas está descubriendo y que en España ha de contemplarse con una magnificencia, si cabe, aun mayor:

... porque he deseado que Vuestra Alteza supiese las cosas desta tierra, que son tantas y tales que, como ya en la otra relación escribí, se puede intitular de nuevo Emperador della y con título y no menos mérito que el de Alemaña que por la gracia de Dios Vuestra Sacra Majestad posee. Y porque querer de todas las cosas destas partes y nuevos reinos de Vuestra Alteza decir todas las particularidades y cosas que en ellas hay y decirse debían sería casi proceder a infinito, si de todo a Vuestra Alteza no diere tan larga cuenta como debo a Vuestra Sacra Majestad suplico que me mande perdonar, porque ni mi habilidad ni la oportunidad del tiempo en que a la sazón me hallo para ello me ayudan, mas con todo, me esforzaré a decir a Vuestra Alteza lo menos mal que yo pudiere la verdad y lo que al presente es necesario que Vuestra Majestad sepa. Y asimismo suplico a Vuestra Alteza me mande perdonar si [de] todo lo acaecido no contaré el cómo ni el cuándo muy cierto y si no acertare algunos nombres... [161].

El caso más significativo es el ya citado arriba [232] que corresponde con la primera ocasión en que el español contempla el mundo nuevo de la capital mexicana. Las exageraciones provocadas por el estupor parecen sinceras: «Y entre las mezquitas hay una que es la principal que no hay lengua humana que sepa explicar la grandeza e particularidades della» [237]. Otras habría que juzgarlas como meramente retóricas: «Y querer yo decir la aspereza y fragosidad deste puerto y sierras ni quien mejor que yo lo supiese lo podría explicar ni quien lo oyese lo podría entender» [580]. Otro tipo de ponderaciones no tocan a su capacidad de escritura pero sí marcan el acento sobre las características de ese mundo que ha conquistado y sobre el que quiere interesar a su monarca. En estos casos, se habla de «la cosa más extraña que nunca se ha visto» [557] y de «la cosa más espantosa que jamás las gentes vieron» [557], o del lugar «el más maravilloso que hasta hoy se ha oído decir ni se puede pensar» [581] y «de la cosa más hermosa del mundo de ver» [594]. La intención es, por supuesto, la de,

una vez más, estrechar el amplio lapso que separa lo visto de lo oído, para, así, dibujar lo más próximamente posible el abigarrado mundo que están descubriendo aquellos españoles y, por supuesto, despertar de forma definitiva la curiosidad humanística y económica del emperador Carlos.

### 2.3. LAS MANIPULACIONES EN EL TEXTO

Cortés maneja su texto como su conquista; es decir, que manipula sus cartas conforme maniobra en la batalla. Esta destreza se hace muy evidente en varias ocasiones, como, por ejemplo, en el momento del esfuerzo desplegado para que cada una de las misivas termine de forma positiva, lo cual ha estudiado Kruger-Hickman<sup>74</sup>. Un perfecto ejemplo es la segunda carta [308], en la que se advierte la demora [297] y en la que incluso anticipa las buenas nuevas de la toma de Tenochtitlán [309]. Frecuentemente trata de despertar la curiosidad de su lector y anticipa acontecimientos que más tarde desarrollará; o si no, abandona su relato por una falta de voluntad cuyas razones no siempre quedan del todo claras, pues a veces la causa es no molestar al rey —y otras muchas cosas que por no dar a Vuestra Alteza importunidad dejo— [184]— o más a menudo el deseo de encontrar un momento más oportuno o menos extemporáneo en una fórmula que, con apenas variantes, se reitera incesantemente a lo largo de las cartas —«de que adelante haré relación» [199, 434], «como adelante haré relación» [208, 409], «segúnd adelante diré» [217], etc.—. La incomodidad provoca también que Cortés rehuya entrar en materia —«según más largo se verá por la relación» [428]— cuando llegan las acusaciones contra Cortés de haberse quedado con el oro del quinto real y de haber herrado esclavos indígenas o cuando ha de defenderse ante el monarca de las enormes cantidades de dinero que ha gastado —«como adelante daré a Vuestra Excelencia más larga cuenta desto» [626]—, en cuyo caso, como se advierte, evita el conflicto inmediato, aplaza sus excusas y las dilata de forma más prolongada y diplomática.

El astuto Cortés, además, ante circunstancias adversas, calla. Algunos silencios son debidos, dice, a fallas de la memoria [205], lo cual es lógico por cuanto se trata de puntos geográficos en lengua náhuatl. A veces se unen ambas razones: «y por no ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber poner los nombres no las expreso» [236]. Lo curioso es que en otros lugares afirma guardar memoria escrita de cuanto acontece en la expedición [585, 586, 604], a no ser que entre los documentos formales perdidos en la llamada Noche Triste [229] se hallasen esas memorias de las que habla en alguna ocasión, pues sí trata de éstas en la quinta carta.

Su manejo de la situación en el campo de batalla y en las relaciones diplomáticas guarda, en consecuencia, una perfecta relación con la habilidad con

<sup>74</sup> *Literary Strategies of Persuasion in the «Cartas-Relaciones» of Hernán Cortés*, cit., pág. 92.

que se desenvuelve en la redacción de sus cartas, que, a fin de cuentas, son el otro arma de la que dispone para legalizar y confirmar sus acciones. Esos trucos discursivos son de lo más variado y pueden llegar a ser realmente osados. Por ejemplo, desde pronto, al tiempo que engaña a Moctezuma, trata de implicar al monarca español en la ilegalidad de su acción<sup>75</sup> y entremezclarla con la leyenda —de su pura invención— de un Quetzalcoatl que ha de retornar a tierras mexicanas:

Y a su embajada le respondí que si en mi mano fuera volverme que yo lo hiciera por facer placer a Muteeçuma, pero que yo había venido en esta tierra por mandado de Vuestra Majestad y que de la principal cosa que della me mandó le hiciese relación fue del dicho Muteeçuma y de aquella su grand cibdad, de la cual y dél había mucho tiempo que Vuestra Alteza tenía noticia... [202].

Sobre esa ficción inventada por Cortés se va fundamentando la leyenda y ya la historia, como se deduce de estas palabras que Moctezuma pronuncia con —según Delgado Gómez— bíblicas resonancias<sup>76</sup>:

•Muchos días ha que por nuestras escripturas tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ellas de partes muy estrañas. Y tenemos ansimesmo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza. [...] Y siempre hemos tenido que los que dél descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como a sus vasallos, y segúnd de la parte que vos decís que venís, que es hacia a do sale el sol, y las cosas que decís dese grand señor o rey que acá os invió, creemos y tenemos por cierto él ser nuestro señor natural, en especial que nos decís que él ha muchos días que tenía noticia de nosotros». [210–211].

La habilidad echa mano del engaño, éste da paso al fraude y el embaucamiento —que para ambos monarcas supone la recreación de la leyenda— es ya completo. El discurso de sus cartas ha permitido a Cortés, en principio, capturar las voluntades de los dos reyes y «su camino» queda franco para acometer nuevas empresas en la Nueva España y él como verdadero garante del estado de cosas que conviene para sus fines. Hasta tal punto es consciente de este papel que su discurso toma un giro inesperado, pues desde entonces Cortés, cuando lo cree conveniente, habla como por boca de su rey como si él mismo lo fuese. Es decir, que asume la voluntad y los deseos de su monarca en las nuevas tie-

<sup>75</sup> Hasta muy tarde, cuando Carlos le había permitido tan sólo la colonización de la Nueva España, no «toda la tierra»: «... y que porque yo traje mandado de Vuestra Majestad que viese y visitase toda la tierra sin dejar cosa alguna» [622]. Véase la ed. de Delgado Gómez, cit., pág. 622.

<sup>76</sup> Ed. cit., pág. 210.

rras, lo cual permitirá que su discurso reafirme su poder ante Moctezuma y ante el mismo rey Carlos. Las formas son variadas pero la más frecuente es «en nombre de»: «Y tomado el parecer de Muteçuma, puse en nombre de Vuestra Alteza en aquel señorío a un hijo suyo que se decía Cocuzcaçin» [226]. Bajo esa u otras fórmulas, Cortés va impartiendo órdenes que sirven al gobierno de aquellas tierras conforme a sus propósitos y necesidades, aunque siempre, discursivamente, actuando en nombre de su lejano monarca. Este dominio del texto significa subrayar los hechos que interesan a Cortés y ocultar aquellos que puedan resultar desagradables. Por eso no menciona la responsabilidad de Pedro de Alvarado en la matanza del Templo Mayor, que motivó la revuelta que precedió a la Noche Triste y que provocó la pérdida de «la más noble y mejor ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo» [267–268]. Pero, aun siendo esto así en variadas ocasiones que han subrayado los historiadores y quienes han cotejado las diferentes crónicas que se ocupan de la conquista de México, lo cierto es que hay otros elementos interesantes que explican la utilización de Cortés de su escritura como arma frente al monarca y ante el mundo que ha conquistado. Esto ocurre no con lo que oculta y calla sino, llamativamente, con aquello que evalúa a su modo y que considera de relativa o nula importancia como para ocupar el tiempo del monarca. Son considerablemente frecuentes las oportunidades en que Hernán Cortés abrevia a su gusto: «Y las otras cosas de placer que tenía en su cibdad dejo de decir por ser muchas y de muchas calidades» [246]. Pero, como digo, la excusa más socorrida no es la innecesaria prolijidad —de la que abusa cuando cree conveniente— sino la prevención de provocar la pérdida de tiempo del rey con datos poco necesarios: «Y cerca desto le dije muchas cosas de que a Vuestra Majestad no hago mención por ser prolijas y largas» [546]. Las razones pueden ser ambas: «... y otras muchas cosas que les dije a este propósito que por no dar a Vuestra Majestad importunidad con larga escritura y porque no son de mucha calidad no las relato aquí» [622].

En algunas ocasiones, como ya señalé, la demora es grande, tal como ocurre en momentos cruciales como la primera entrada en la capital o como el primer encuentro con el rey Moctezuma [208–210], tan sólo interrumpido por otro pasaje no menos interesante cual es la exposición del origen de los aztecas que Cortés manipula. Estas demoras se deben a la necesidad que tiene Cortés de recordar su misión y su éxito, con la importancia económica, política, militar y cultural del momento. Esta es la razón de la insistencia en el encuentro —no menos breve es en la crónica de Bernal Díaz<sup>77</sup>—: mantener la magia e insistir en que ese es precisamente el instante en que se dan la mano dos mundos que eran hasta entonces desconocidos.

En cambio, en otros momentos, la brevedad del relato, la concisión es tal que contrasta absolutamente con el resto de la narración. Esto ocurre muy esca-

<sup>77</sup> El momento preciso del encuentro ocupa varias páginas en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Ed. cit., pp. 250-254.

samente, como por ejemplo cuando relata aquella expedición —a la que él no asistió— que ordenó a la Mar del Sur, cuyos resultados demora un tanto pero cuya finalización es una perfecta muestra de la capacidad de concisión de la manera de narrar cortesiana: «Y los unos anduvieron cerca de ciento y treinta leguas por muchas y buenas provincias sin rescebir ningún estorbo, y llegaron a la mar y tomaron la posesión y en señal pusieron cruces en la costa della» [432]. Lo mismo ocurre cuando ha de iniciar una carta y actualiza el contenido de la anterior [310–312].

### 3. LOS PROCEDIMIENTOS NARRATIVOS

El primer rasgo que sorprende al lector actual de las *Cartas de relación* es que al iniciar la primera se encuentra con una misiva escrita en primera persona del plural y, por lo tanto, no atribuible exclusivamente a Hernán Cortés, a pesar de todas cuantas opiniones ha vertido la crítica<sup>78</sup>. Lo cierto es que la primera carta aparece firmada por el cabildo, cuando Cortés se ha desvinculado de la gobernación de Cuba y, sin el título de adelantado, ha osado fundar la ciudad de Veracruz. En el resto de las cuatro cartas domina el «yo» de Cortés, salvo en otro momento de desafío a la autoridad del rey español —como ha señalado Delgado Gómez<sup>79</sup>— en que el «yo» se convierte en «nosotros»:

Y dieron en el dicho su requerimiento otras muchas causas y razones por donde no convenía que yo saliese desta cibdad al presente, y dijéronme que ellos con poder de los concejos irían a la villa de la Vera Cruz, donde el dicho Tapia estaba, y verían las provisiones de Vuestra Majestad y harían todo lo que fuese su real servicio. Y porque nos pareció ser así necesario... [442].

Esta manipulación del mensaje no es extraña en las *Cartas de relación* ya desde su misma estructuración, pues —tomadas globalmente— parecen más cinco capítulos de la historia de una colosal conquista que un conjunto de misivas que puntualmente escribe un súbdito a su monarca<sup>80</sup>. La voluntad de dar un buen final a cada carta apunta ya a un hecho significativo cual es el de despertar una curiosidad en el rey, quien, de ese modo, esperará con mayor impaciencia la entrega siguiente, que se hace llegar con un preciso resumen de la carta anterior. Indirectamente, la intervención en la estructura de las cartas

<sup>78</sup> Victor Frankl ha sido contundente al afirmar que la autoría de la primera carta es cortesiana. En «Hernán Cortés y la tradición de las Siete Partidas», cit., pág. 9. Delgado Gómez traza un amplio desarrollo de las similitudes estilísticas de la primera carta y el resto de ellas. Ed. cit., pp. 45-47.

<sup>79</sup> Ed. cit., pp 258 y 442.

<sup>80</sup> No hemos de olvidar la importancia que la retórica cobra en el humanismo como arte del convencer. Véase Peter Mack, «La retórica y la dialéctica humanísticas», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 120.

supone una manipulación del mensaje histórico y político que transige con las motivaciones más íntimas de Cortés y que se aviene perfectamente con el ideario implícito en su conquista.

Otra manera a través de la que Cortés manipula el mensaje de sus cartas es la variación de la forma de narrar que conviene en cada momento. En ocasiones, como se apuntó [210–211], los parlamentos indígenas adquieren resonancias casi bíblicas, como cuando se encuentran entre los tlaxcaltecas:

Y uno dellos tomó unas tortas de pan de maíz y arrojólas hacia nosotros diciendo: «tomad y comed si tenéis hambre, que nosotros ninguna tenemos», y comenzaron luego a gritar y pelear... [342].

O, en cambio, en los momentos más épicos y de hálito más militar, Cortés echa mano de sus lecturas de Julio César en diversas formas<sup>81</sup> —el humanismo también significa el anhelo de imitar los textos clásicos<sup>82</sup> y a sus héroes<sup>83</sup>—, pero sobre todo bajo la conocida formulación de la construcción del ablativo absoluto con que comienza nuevos párrafos que inician distintos episodios: «Como ya conocimos que los indios de la cibdad estaban muy amedrentados, supimos ...» [411]. Otro ejemplo en otro contexto: «Recogido el oro y otras cosas, con parecer de los oficiales de Vuestra Majestad se hizo fundición dello» [428].

Los procedimientos narrativos son manejados conforme a las necesidades coyunturales de Cortés. Aunque siempre es respetuoso con su monarca, cuando entra en pleito con éste, el abuso de las diferentes fórmulas de cortesía llega a ser verdaderamente excesivo [253–255, 643, 654], lo que obedece a razones estrictamente jerárquicas en momentos en que la autoridad del extremeño está siendo cuestionada en la corte del rey Carlos por causa de variadas y serias acusaciones<sup>84</sup>. En otros momentos, como se apuntó, muestra su vanidad o despliega un discurso legalista [175], con largas frases<sup>85</sup>, sin que le falten sus latines<sup>86</sup> [201, 248, 556, 641, 648] —y aforismos

<sup>81</sup> Consúltese el libro de Manuel Alcalá, *César y Cortés*, cit.

<sup>82</sup> Nicholas Mann, «Orígenes del humanismo», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 26, y Kristian Jensen en el mismo volumen, cit., pág. 108.

<sup>83</sup> Kristian Jensen en «La reforma humanística de la lengua latina y de su enseñanza», en Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 107.

<sup>84</sup> Véase la biografía de Salvador de Madariaga, op. cit., pp. 509 y ss. Para Carlos Fuentes, la derrota de Cortés es, no ante la nobleza española, sino ante el monarca, «quien no está dispuesto a tolerar la existencia en el Nuevo Mundo de las feudalidades, las esferas particulares de poder o las veleidades democráticas que acaba de eliminar en el Viejo Mundo, consolidando su poder absolutista», con los ajusticiamientos de las comunidades en Villalar. Op. cit., pág. 90.

<sup>85</sup> Véase Delgado Gómez, ed. cit., pp. 509 y 653.

<sup>86</sup> A este respecto habría que volver al debatido asunto de su formación intelectual. Mario Hernández Sánchez-Barba zanja la cuestión suponiendo que estos conocimientos son más producto de su época de escribano en La Española y Cuba que resultado de sus estudios en Salamanca o en Valladolid. Véase su edición de las *Cartas de relación*, cit., pág. 79.

evangélicos [188]<sup>87</sup>—, que se aviene con el ánimo del que parte y con que concluyen las cartas: la supuesta actuación de Hernán Cortés al margen de la ley. Esta línea —marcada por la política y lo militar— impide otros elementos discursivos que aligeren el texto, como los abandonos metafóricos<sup>88</sup>, el humor, que llega en una ocasión al sarcasmo cruel [299], o el aligeramiento que podría provocar el uso un tanto frecuente de algún refrán o frase hecha [188, 256]<sup>89</sup>. En cambio, como sugiere Delgado Gómez<sup>90</sup>, cuando Cortés lo cree necesario, recurre a ciertos efectismos retóricos a través de los cuales subraya su discurso al tiempo que, a menudo, lo adorna con la utilización de estructuras bimembres que generalmente son sinónimas:

... con todo el poder que yo tuviese así de españoles como de naturales de la tierra, y los prendería o mataría como a extranjeros que se querían entremeter en los reinos y señoríos de mi rey y señor. [251].

Esto ocurre cuando argumenta sobre Narváez, a quien considera traidor a la corona y, por tanto, merecedor del trato de extranjero, aunque Cortés sepa que lo cierto resulta que aquél es el enviado por el legítimo gobernador de Cuba. Al ser consciente de esta circunstancia y saberse en el filo de la legitimidad, Cortés retoriza —como se ha advertido— su discurso y lo ornamenta de sinónimos y estructuras coordinadas —el polisíndeton puede ser excesivo [265]— que pretenden autenticar los hechos que relata su discurso, como en un caso semejante al anterior:

Y visto que por ninguna vía yo podía escusar tan grand daño y mal y que la gente naturales de la tierra se alborotaban y levantaban a más andar, encomendándome a Dios y pospuesto todo el temor del daño que se me podía seguir, considerando que morir en servicio de mi rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar a mí y a los de mi compañía se nos seguía farta gloria, di mi mandamiento a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, para prender al dicho Narváez y a los que se llamaban alcaldes y regidores... [262].

#### 4. CONCLUSIÓN: LOS SECRETOS DE LA CONQUISTA DE LA ESCRITURA

Una de fórmulas más recurridas en las *Cartas de relación* es el concepto de «secreto», cuya primera aparición es en los inicios de la carta del cabildo,

<sup>87</sup> Sobre este aspecto llama la atención José Luis Martínez, op. cit., pág. 819. Peter Mack, en «La retórica y la dialéctica humanísticas», recuerda que «los cuadernos de frases célebres eran moneda de curso corriente en las escuelas de los siglos XVI y XVII». En Jill Kraye, ed., *Introducción al humanismo renacentista*, cit., pág. 127. No un papel diferente, en otros ámbitos, cumplieron los proverbios de los *Adagia* (1500) de Erasmo, como constatan Charles Hope y Elizabeth McGrath en «Artistas y humanistas». En Jill Kraye, ed., cit., pág. 240.

<sup>88</sup> Véase Delgado Gómez, ed. cit., pp. 57 y 649.

<sup>89</sup> Como era común en la época por las *polyantheas* o colecciones de máximas o flores del saber que se entresacaban de diversos autores y obras. Véase Gómez Moreno, op. cit., pág. 221.

<sup>90</sup> Ed. cit., pág. 251.

donde se refiere, no a la expedición de Cortés, sino a los planes previos de Diego Velázquez de enviar una armada a la tierra mexicana «por saber el secreto<sup>91</sup> della» [111], aunque los resultados no fueron nada satisfactorios: «Y el dicho capitán [Juan de Grijalba] estuvo allá aquel día, y otro día siguiente se hizo a la vela sin saber más secreto de aquella tierra» [115]. En este preciso instante es cuando se establece la auténtica distinción entre la empresa cortesiana y las anteriores; sobre ello, el extremeño, inmediatamente, fundamentará no sólo su actuación en la tierra mexicana sino también la verdad de cuanto allí aconteció y cuya fuente son las cartas que, primero, el cabildo de Veracruz y, después, el mismo Cortés, envían al rey español. Esa fundamentación es instantánea en la primera carta y estrictamente consecutiva a la exposición del fracaso de Grijalba:

... por lo cual Vuestras Reales Altezas pueden creer que todas las relaciones que desta tierra se les han hecho no han podido ser ciertas, pues no supieron los secretos dellas más de lo que por sus voluntades han querido escribir. [116].

Otra diferencia fundamental que distingue ambas expediciones y que va diseñando el carácter del nuevo capitán frente a su empresa viene dado por la insistencia en su entusiasmo sin límites, que se muestra en su voluntad de «no pasar más adelante hasta saber el secreto» [126] y en que «en ninguna manera él se había de partir de aquella tierra hasta saber el secreto della» [127]. En seguida lo prueba al enviar a una decena de sus hombres al volcán porque «me pareció [cosa] algo maravillosa saber el secreto» [198] y para que «procurasen de subir la dicha sierra y saber el secreto de aquel humo de dónde y cómo salía» [199]. Continúa con los descubrimientos de los secretos de la tierra de Moctezuma recién llegado a ésta [248] y no vuelve a ese interés hasta el final de la tercera carta y ya, en concreto, en las dos últimas que envía a su monarca. Es en esos momentos cuando el objetivo de su búsqueda se traslada de México al Pacífico y trata de encontrar las islas de oro, perlas y especias [432].

La cuarta de las cartas de relación comienza ya directamente con esas ansias por saber los secretos de aquellos lugares. Los objetivos de estas dos últimas cartas han cambiado y se dirigen más a los nuevos descubrimientos y a saciar las aspiraciones de una corte que está empezando a incomodar a Cortés. Su propio carácter anhela extender sus conquistas y así ser el protagonista del sueño secular de alcanzar y poseer la ruta de las especias y sus islas. Esa intencionalidad guarda Cortés desde el inicio de la cuarta carta:

... como siempre trabajé de saber todos los más secretos destas partes que me fue posible para hacer dellos entera relación a Vuestra Majestad. [455].

<sup>91</sup> Delgado Gómez explica que «saber el secreto» es 'reconocer'. Ed. cit., pág. 111.

Los lugares de los secretos parecen contener preciosas riquezas [458], las proximidades de la Mar del Sur [486] y de la península de Florida desde el río Pánuco [509, 659], el secreto que abra el paso hacia el océano Pacífico [511, 660], la posibilidad de que Yucatán sea una isla [565], la entrada del río Chamelcón [593–594] y curiosidades como la presencia de Amazonas [473], que vuelven al recuerdo de Cortés más adelante, cuando envía la expedición a cargo de su primo, el capitán Francisco Cortés de San Buenaventura<sup>92</sup>:

Y entre la relación que trajo me dio noticia de un muy gran río que los naturales le dijeron que había diez jornadas de donde él llegó, del cual y de los pobladores dél le dijeron muchas cosas extrañas. Yo le torné a enviar con más copia de gente y aparejo de guerra para que vaya a saber el secreto de aquel río, y según el anchura y grandeza que dél señalan no ternía en mucho ser estrecho. En viniendo, haré relación a Vuestra Majestad de lo que dél supiere. [661].

Como se advierte, esa búsqueda de secretos funciona en diferentes niveles, como el intelectual, el narrativo y el político, especialmente hacia el final, acabadas las batallas de conquista. Con las primeras cartas Hernán Cortés busca la conciliación de unos comportamientos con unos objetivos que han de avenirse a las finalidades de la corona española y la fe católica. El discurso de sus cartas muestra los pasos en la consecución de ese objetivo al tiempo que expone sus reflexiones acerca del mundo que está descubriendo y que le sirve para redescubrir a la misma España. Esta actitud curiosa propia del renacimiento se prolonga y amplía hacia las dos últimas cartas, una vez acabadas las batallas e iniciados los descubrimientos de la periferia de la isla de la laguna. La insistencia en los secretos va mostrando las nuevas preocupaciones de Hernán Cortés, hostigado por la Corte española y necesitado de nuevas conquistas y descubrimientos que serán más producto de la escritura que originados por las gravosas expediciones que envía al Norte, al Sur y al Pacífico. En este sentido, el renacentista se une al político y esta simbiosis se funde en el escritor, que vierte secretos sin desvelar al enfrentarse a la imperiosidad de dar por finalizadas sus conquistas. Como él pretendía, las *cartas de relación* se convierten en un enorme secreto —por eso él habla constantemente de secreto— y al tiempo una clave para entender el Nuevo Mundo, cuyo diseño coincide con su táctica, sus alianzas y sus sinuosidades estilísticas.

El secreto argumentado y buscado se aviene con el espíritu utopista del renacimiento; aunque en último extremo puedan leerse los textos de Cortés como la manipulación de un discurso que pretende una realidad un tanto artificiosa conforme a las conveniencias del conquistador, que ambiciona el perdón y el reconocimiento de su monarca y la estima general por causa de su toma de posesión de tan amplias y maravillosas tierras. Amén de esta lectura

<sup>92</sup> Véase José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, cit., pág. 466.

más pragmática, lo cierto es que buena parte de la labor de Cortés es estrictamente literaria y que las *Cartas de relación* se convierten, así, en una guía para encontrar el secreto del Nuevo Mundo, por la utopía secularmente buscada, hallada y frustrada en América, y por la conciencia de los inicios de la Modernidad europea sobre la base del humanismo renacentista, pues se muestran tanto su diseño como su proyección y consecuencias futuras.